

na y autor de numerosos estudios sobre Miguel de Unamuno. Entre sus obras destacan *1900 en Salamanca*, (1997) *Guerra de ideas en el joven Unamuno 1880-1900* (2001) y una edición crítica de los ensayos de Unamuno, *En torno al casticismo* (2005).

César Rina Simón
Universidad de Navarra

Ozouf, Mona, *Composition française. Retour sur une enfance bretonne*, París, Gallimard, 2009. 259 pp. ISBN: 9782070124640. 17,50€

Avant-propos, p. 13; La scène primitive, p. 17; La Bretagne incarnée, p. 45; L'école de la Bretagne, p. 75; L'école de la France, p. 103; L'école de l'Église, p. 129; L'éloignement, p. 151; Une composition française, p. 181.

Tal vez uno de los rasgos que distinguen lo civilizado de lo incivilizado es la capacidad de autorreflexión, la posibilidad de examinar críticamente incluso aquellos aspectos que tocan a la centralidad de la identidad personal. Y aunque en ocasiones pensar sobre uno mismo levante muchos fantasmas a cada paso que se dé, no deja de ser un ejercicio de distanciamiento y de relativización. Cuando en España la cuestión de las identidades locales y nacionales ha levantado y sigue levantando pasiones extremas, que una historiadora francesa como Mona Ozouf se plantee una revisión crítica de su identidad nacional, no deja de ser sorprendente. Sobre todo si tenemos en cuenta que eso le lleva a bucear en su propia trayectoria personal, en sus pertenencias políticas e ideológicas, en el marco familiar y de creencias, la formación recibida... y culmina con la reivindicación de lo regional más allá de la unidad nacional, heredera de viejas concepciones revolucionarias. No puede por menos que llegar la pregunta: ¿sería posible algo así en España? O incluso algo más allá: ¿cabría la posibilidad de que se analizasen críticamente identidades a las que se considera intangibles sin que ello supusiese atacar a nada o a nadie?

Este libro recibió el *Prix Bretagne. Prix de l'essai de la Revue des Deux Mondes*, 2009, lo que indica que no se trata de un libro menor, de una rareza para uso de un reducido círculo de curiosos por la ego-historia. Se tratan en él cuestiones relevantes, con esa capacidad para lo universal que falta en tantos y tantos relatos autorreferenciales de temática identitaria. De este libro se puede

aprender, primero, cómo reflexiona una historiadora y cómo aplica el oficio a sus propias convicciones y trayectoria; segundo, cómo es posible afrontar las identidades regionales o nacionales sin victimismos ni desgarros emocionales; tercero, cómo es posible argumentar sin atacar, pensar sin destruir, reflexionar sin buscar la eliminación del contrario. Y eso que, como reconoce la autora, en Francia la nación cultural, la de la diversidad, a la defensiva frente a la nación política jacobina, está situada en una posición secundaria, aunque “les vieux ‘pays’ s’obstinent à rappeler qu’elle a sans doute vaincu, mais sans les réduire” (p. 15). Un ejemplo de esa “resistencia” es la de la región de origen de la autora, la Bretaña, tal vez el ejemplo canónico, como ella misma indica, de esa capacidad de resistencia. Esta tensión entre la universalidad de los principios centralistas de la Francia revolucionaria y sus herederos, y lo particular de la diversidad, mostrarían hasta qué punto no estamos ante un problema local, una muestra del orgullo local, sino ante una cuestión de más largo recorrido, aplicable en buena medida a realidades de otras latitudes.

Hacer frente a esta cuestión plantea analizar la recepción de diversas influencias, desde las familiares (ideas y sentimientos, padre y madre) a la formación exterior al individuo y su entorno más cercano: escuela, iglesia, lugar de origen, instituto urbano. Su padre, Jean Sohier, profesor, que aprendió el bretón por su cuenta. Nació en una familia que ni lo dominaba ni tenía mucho interés por él ni por nada que se asemejase a una identidad bretona, plenamente convencida de su francofonía. Pese a ello, la llamada de esa identidad regional se manifestó en su padre que, cuando salió de la *École normale*, tenía clara su vocación, puesta en marcha mediante el contacto con un benedictino autor de un diccionario francés-bretón. Además de la conformación de lo cultural, la unión con lo político y las iniciativas de nacionalismo bretón puestas en marcha en 1918 y 1931, y con lo ideológico, dentro de un izquierdismo admirador de la URSS, pero en el que se forjaron elementos posteriormente cercanos al nazismo, una vez que éste ocupó Francia. Tal vez, se pregunta, una suma de elementos paradójica, pero en cualquier caso muy característica de unos años treinta convulsos, de trayectorias oscilantes que a la vista de nuestro propio tiempo se tiende a pensar que fueron poco sinceras. Frente a ello la autora advierte de “le rôle que jouent dans les engagements des hommes les liens de la fidélité et d’amitié, les souvenirs de jeunesse que nul n’a envie d’insulter, les hasards, les coïncidences, les rencontres, les grains de sable qui font dériver les vies vers des rivages inattendus” (p. 32).

Incluso la boda con su madre la interpreta como un paso dado en dirección

a la Bretaña “auténtica”, que hablaba bretón, campesina, incluso “une belle-mère en coiffe du Léon” (p. 42). Su familia materna, aparceros del conde de Blois, se trasladaban conforme lo requerían los servicios a éste y mostraban las limitaciones de una familia campesina en la Francia de fines del s. XIX, incluidas las restricciones debidas a la percepción de los géneros, que la autora cuestiona con cierta ironía al hablar de cómo hubiesen hecho reír las reflexiones de Pierre Bourdieu sobre la dominación masculina a su abuela materna, una figura fundamental en su infancia, especialmente tras la muerte de su padre en 1935. Cargada de enseñanzas, muestra evidente de que, pese al título televisivo, no todo está en los libros. Y sin embargo, pese a las recomendaciones del padre, el bretón no formó parte de ese saber transmitido, reservado sólo para las confidencias con su hija. Esto daba lugar a una paradoja: “son costume, sa coiffe, sa langue, ses savoirs multiples, tout en elle parlait donc de l’identité bretonne. Et pourtant. Avant de quitter son évocation, il me faut ajouter cette singularité. Si la France avait une existence à la maison, c’était grâce à elle” (p. 70). Había en ella sentimientos de pertenencia, aunque no hubiese una formación reglada detrás, y se sentía francesa, aunque si le preguntaban de dónde era, respondía que de su pueblo.

Junto al sustrato familiar, la escuela, la formación reglada, primero local, luego nacional. Una escuela a la que asistió ya muerto su padre, su madre profesora igualmente, en Plouha, a la que se trasladaron portando con ellas la biblioteca del padre difunto, primera cantera de una historiadora y tan importante en su formación por lo que suponía de complemento a la formación reglada, francesa. Una biblioteca compuesta por libros canónicos de un *norman-lieu* de la época, pero también enriquecida por la literatura bretona y sobre lo bretón que había acumulado en sus años de activismo y por las referencias a una Irlanda que en los años veinte se había convertido en modelo. En cualquier caso una identidad bretona situada en gran parte en manos conservadoras, con gran papel en ella de la Iglesia, defensora de la fe (*Feiz*) y de Bretaña (*Breiz*), dos palabras tan proclives a su uso poético. Sin embargo, la tradición paterna la conducía más bien hacia un socialismo bretón y hacia el rechazo a la fosilización de una Bretaña rural, conservadora. Junto a esta formación, la escuela, laica por una lado, religiosa por otro, dos modelos que convivían en competencia y cada uno de ellos con unas relaciones particulares hacia los particularismos locales, hacia las identidades regional-nacionales, pero siempre reacias a los reduccionismos, como señala la autora al rebatir la extendida idea de unos maestros aniquiladores de costumbres, saberes locales, lenguas regionales, cuando algunos de ellos competían con los curas en la recogida de mate-

riales, etnógrafos a tiempo parcial del mundo que los rodeaba. Pese a ello, las directrices recogían con claridad unos contenidos que a una futura historiadora llaman la atención a posteriori, no sólo porque a los bretones se les hablaba de sus ancestros los galos (o como mencionaba con ironía la madre de la autora, unos ancestros que también se hacía compartir a los alumnos tunecinos o marroquíes), sino también porque la historia de Francia era un camino continuo hacia el progreso, mientras que la de Bretaña caía en un declive permanente. No deja de ser significativa la comparación de la biblioteca familiar y la de la escuela, que sólo compartían un autor: Mistral.

La Iglesia, la experiencia religiosa, de la mano de su abuela, pero muy personalizada, muy vinculada al duelo por los difuntos, la cercanía por unos antepasados que, dice, la hacían más cercana al cementerio que al clero. Una religión de rituales de la que la autora recuerda el miedo, pero también la parte que jugó en su infancia esta fe de sus ancestros, unida a la fe bretona de su casa y la fe republicana de la escuela: “À elles trois, ces croyances composaient ce que j’appellerais volontiers ma tradition” (p. 145). Una tradición en la que la libertad individual podría introducir ciertas modificaciones, aceptar o negar lo recibido. Ninguno de estos componentes de la tradición personal de Mona Ozouf carecía de imperfecciones.

En 1941 nuevo traslado, cercanos ya los tiempos del Instituto, a Saint-Brieuc, donde descubrió la primera estrella amarilla y fue confirmando una identidad de izquierdas que se plasmaría en militancia, dentro del Partido Comunista, en 1952. Los motivos para ello fueron en gran parte generacionales, señala la autora, un cierto sentimiento de culpa por haber llegado tarde a la lucha contra el fascismo que la militancia buscaba compensar. Pero además, añade, motivos personales, como la fidelidad al padre o la búsqueda de la seguridad, intelectual y afectiva, dentro de un grupo amplio y de grandes objetivos. La búsqueda de la igualdad, el sentirse parte de un todo la hizo permanecer en un grupo que, pese a la constatación de los problemas, no dejaba de ser un refugio, como de alguna manera también lo había sido la escuela y su igualitarismo republicano. En revancha, la particularidad bretona quedaba en un segundo plano, más allá de las preocupaciones de lo universal.

Esta revisión personal, autobiográfica, de los hitos de construcción de una identidad individual incardinada en el contexto de Francia desde los años treinta, se cierra con un largo capítulo que es el que da título al libro, y que destaca precisamente por la referencia a la composición, a *una* composición concretamente. De hecho, esa tradición propia condujo de alguna manera al estudio de

la escuela republicana, tan importante y, como reconoce, en cierto modo victoriosa sobre la particularidad bretona. Y junto a ello, la revolución, ejemplo de los amplios horizontes y de las abstracciones y generalizaciones superadoras de los límites, defensoras de lo universal. Pero en ese proceso revolucionario, y en su propia persona, se producía la fusión de lo local y particular en lo nacional y público, se buscaba la supresión de todo lo que fuese pequeño para crear algo más grande: Francia y con ella, lo universal, los derechos del hombre. “De là à traiter celles-ci [las pertenencias particulares] comme plaintes réactionnaires, voire comme entreprises contre-révolutionnaires, il n’y a qu’un pas” (p. 186). La diversidad no existía ya, sólo la unidad indivisible de Francia, y las reivindicaciones de lo particular entraban en una categoría cercana a lo criminal, en la que entraban incluso las lenguas distintas al francés. Michelet, recoge Mona Ozouf, hablaba de “les fatalités locales” (p. 192, 230-5). Y como consecuencia directa de ello, dado el habitual recurso al pasado como fundamento del orgullo local, el rechazo de la historia como fundamento: “le passé ne peut en rien éclairer l’avenir” (p. 193). Dedicarse por tanto a la revolución, reconoce, suponía renunciar a la diferencia, renunciar a la infancia. Sin embargo, había algo que le impedía pasarse con armas y bagajes al exitoso unitarismo: la literatura y todos los recovecos que en ella mostraban los esfuerzos por escapar del racionalismo. Un ejemplo de ello, y tema de estudio para la autora, fue el análisis de la creación y fiscalización de los departamentos. De hecho, comprobó que la revolución no había terminado con las diferencias regionales, sino que incluso las había impulsado, dada la multiplicidad de las respuestas a la organización impulsada por los nuevos dirigentes: los revolucionarios “se trouvent face à un très vieux peuple, irrationnel et divisé, qui leur oppose continûment son entêtement ou ses ruses” (p. 200). Más que de una rebelión abierta, se trataba de una inercia, de la obstinación de cada región en aquello que la revolución creyó que ignorando podría superar: “le passé historique et culturel de chaque région” (p. 201). Los inspectores y supervisores se dieron cuenta, además, del enorme papel jugado por las lenguas y su conexión con el “génie” de un pueblo. Pero incluso por encima de todo ello, añade, en el espíritu de cada lugar jugó un papel determinante la religión. Memoria, lengua y religión, una tríada sobre la que se apoyaba el particularismo y que pronto vieron los dirigentes republicanos como una de las tareas que habrían de acometer, aunque con matices, porque la insistencia principal en la centralización no fue de la República en sentido amplio, sino de los jacobinos, lo que mostraría una tensión permanente en el seno de la vida política francesa entre lo universal y lo particular.

En esa tensión destaca Mona Ozouf la importancia de Jules Ferry, capaz de mostrar los lazos entre la República y la vieja Francia. A diferencia de EE.UU, la nación gala contaba con una herencia preciosa que debía resaltar. Frente al dualismo entre nación y región surgido con la Revolución, de carácter político, Ferry propuso valorar lo recibido a través de la cultura, y especialmente de la historia. La unidad vendría de la universalización de la instrucción, de la “francización”: “Cette articulation heureuse du local et du national sous le signe de l’harmonie, on la retrouve dans l’enseignement dispensé par l’école républicaine” (p. 222). Sin embargo, primó en ésta la uniformización, especialmente de la lengua. Sólo la francesa era lengua de cultura, de oportunidades y progreso; las demás pertenecían al ámbito de lo privado, la mejor manera de hacerlas desaparecer. Por mucho que Ferry luchara por la integración de lo regional y su valoración, la tradición jacobina siguió –y sigue– pesando mucho y con ella la consideración de la comunidad como una prisión, cerrada a cualquier influencia exterior e incompatible por tanto, con los principios universales. Y pese a todo, reflexiona la prof. Ozouf: “En chacun de nous, en effet, existe un être convaincu de la beauté et de la noblesse des valeurs universelles, séduit par l’intention d’égalité qui les anime et l’espérance d’un monde commun, mais aussi un être lié par son histoire, sa mémoire et sa tradition particulières. Il nous faut vivre, tant bien que mal, entre cette universalité idéale et ces particularités réelles” (p. 241). Por ello, propone la construcción de identidades propias vinculadas a fidelidades diferentes, plurales. Esto supondría una prevención ante el riesgo de las secesiones identitarias y su absolutización; el dejar de considerarlas como elementos recibidos pasivamente y, por tanto, impuestos por la sociedad sobre el individuo, sino como la firma del individuo sobre su vida; para reconciliar las lecciones divergentes de la vida; una revalorización de la libertad y del respeto al otro y todo ello sin que deba sentirse amenazado lo común.

Al hilo de estas consideraciones, su aplicación práctica, como la presencia de símbolos religiosos en las escuelas y una actitud, de mano izquierda, de comprensión, sin renunciar a los principios, pero sin legislar en exceso, sin prohibiciones, tratando de ver las ventajas y desventajas de las actitudes puestas en juego ante la aparición de las divergencias. Es en cuestiones como la del velo islámico en las que la autora aprecia la constante dificultad de la política francesa para hacer frente a la diversidad. En esta línea, defiende la enseñanza y el aprendizaje en las lenguas de cada territorio, considerando que un patrimonio lingüístico plural no debe ser contradictorio con el reconocimiento del francés como lengua común. Ante la pregunta de ¿quién eres?, la respuesta es

una narración, ordenada, preparada, recogida por su propio autor, en definitiva el libro que ha escrito sobre su(s) identidad(es) y que nos muestra tanta universalidad como para reconocernos en muchas de sus líneas.

Mona Ozouf (1931-), es historiadora francesa, especializada en la época revolucionaria. Muy pronto vinculada al trabajo con Denis Richet y François Furet. Ha recibido diversos premios y distinciones. Entre sus últimas obras cabe destacar: *Les Aveux du roman. Le XIXe siècle entre Ancien Régime et Révolution*, Fayard, 2001; *Le langage blessé: Reparler après un accident cérébral*, Albin Michel, 2001; *Une autre République: 1791. L'occasion et le destin d'une initiative républicaine*, con Laurence Cornu, L'Harmattan, 2004; *Varennnes. La mort de la royauté, 21 juin 1791*, Gallimard, 2005; *Jules Ferry*, Bayard Centurion, 2005.

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Martín de la Guardia, Ricardo, *Cuestión de tijeras. La censura en la transición a la democracia*, Madrid, Síntesis, 2008. 327 pp. ISBN: 9788497565516. 22,60€

Introducción, p. 9. La opinión amordazada: franquismo y censura (1936-1966), p. 17. Una transición previa a la Transición: el impacto de la Ley Fraga (1966-1975), p. 53. El panorama de la prensa diaria al final del franquismo, p. 97. La acción específica de la censura en las publicaciones no diarias, p. 143. Censura y creación de opinión en los últimos años del franquismo, p. 211. Libertad con cierta ira: la censura entre 1975 y 1978, p. 243. La consagración de la libertad informativa y el fin de la censura, p. 275. Conclusiones, p. 291. Anexo, p. 299. Bibliografía, p. 319.

Si alguna acusación hubiera que hacer a este libro es la de la modestia, pues el alcance de sus páginas rebasa con amplitud lo que el título sugiere. Más allá de la transición, entendida como el período limitado a los años transcurridos entre la muerte de Franco –y sus antecedentes más inmediatos– y las elecciones de 1982, en este libro se realiza un barrido accesible y ameno de la censura durante el franquismo y hasta la consolidación de la libertad informativa. Sintetizando la creciente producción investigadora sobre la cuestión, introduce claridad y sistema, logrando con ello una publicación que sirve al propósito de mostrar lo existente y señalar el camino para lo que se puede hacer y conocer al respecto.